

647909470
C2 C III 19



DISCURSO INAUGURAL

leído

EN EL ACTO DE LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO
DE 1855 A 1856,

EN EL

INSTITUTO LOCAL DE 2.^a ENSEÑANZA DE 1.^a CLASE

DE LA VILLA DE FIGUERAS.

POR

D. JOSÉ BOIX Y MONRÓS,

Bachiller en Filosofía, Regente en la asignatura de Retórica
y Poética, Catedrático de latinidad y humanidades,
y Director de dicho establecimiento.



FIGUERAS:

IMPRENTA DE GREGORIO MATAS DE BODALLÉS,

CALLE DE GERONA,

1855.



REPUBLICAN PARTY

STATE OF NEW YORK

IN SENATE

JANUARY 18, 1873

REPORT

OF THE

COMMISSIONERS OF THE LAND OFFICE



ALBANY

WHELAN & COMPANY, PRINTERS

DISCURSO INAUGURAL

leído

EN EL ACTO DE LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO
DE 1855 Á 1856,

EN EL

INSTITUTO LOCAL DE 2.^a ENSEÑANZA DE 1.^a CLASE
DE LA VILLA DE FIGUERAS.

POR

D. JOSÉ BOIX Y MONRÓS,

Bachiller en Filosofía, Regente en la asignatura de Retórica
y Poética, Catedrático de latinidad y humanidades,
y Director de dicho establecimiento.



FIGUERAS:

IMPRESA DE GREGORIO MATAS DE BODALLÉS,

CALLE DE GERONA,

1855.

98211 . 500 D

DISCURSO INAUGURAL

leida

EN EL ACTO DE LA SOLERNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1852 A 1853

EN EL

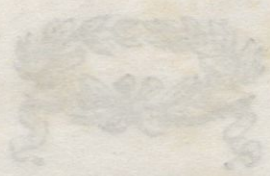
INSTITUTO LOCAL DE 2.ª ENSEÑANZA DE 1.ª CLASE

EN LA VILLA DE FIGUERAS

POR

D. JOSÉ BOIX Y MONRÓS

Abogado en Valencia, Diputado en la diputación de Valencia y Director de los establecimientos de enseñanza en Valencia y Burjassot.



FIGUERAS:

IMPRESA DE GONZALO MARA DE TUDAS

CALLE DE...

1852

Reg. 11289



Señores:

UN gran problema ocupa á la humanidad desde el principio de su existencia: este absorbe todas sus atenciones, es el objeto de sus constantes afanes, todos sus cálculos, todas sus operaciones tienden á su resolucian. Pasan siglos y siglos, unas generaciones suceden á otras, agúzanse los ingenios para penetrar en el verdadero punto á que se dirigen, y el problema queda sin resolver.

¡La felicidad! He aquí lo que en todas las edades, en todos los países lleva agitados á todos los hombres que, sintiendo un irresistible deseo de poseerla, la buscan sin tregua y sin descanso. Muchos han tomado á su cargo formar vastos planes de felicidad, que comprendieran á la humanidad toda entera, mientras cada hombre separadamente la busca para sí y por diversos caminos. ¡Cuántos sistemas filosóficos, religiosos, morales, políticos y sociales para encontrarla! Los siete tan nombrados sabios de la Grecia trabajaron en tan difícil empresa; Sócrates, Zenon, Epicuro, Pirron, Epicteto abren al propio efecto sus escuelas de filosofía y de moral, y sus ensayos solo vienen á demostrar la impotencia de sus esfuerzos. En los tiempos modernos aparecen los Sansimonianos, Falansterianos,

Socialistas, Comunistas y otras varias escuelas, pretendiendo fascinar á la humanidad con sus deslumbrantes teorías, halagarla con la segura posesion del objeto de sus deseos, y á su aparicion, por lo absurdas, merecen el justo título de utopias y de delirios. Todo se pone en práctica, todo se prueba para satisfacer á esa imperiosa necesidad del hombre: se atraviesan los mares, se taladran los montes, se anda en busca de nuevos mundos, de nuevas comodidades; las ciencias, las artes, la industria, el comercio, todos son operarios que trabajan en la explotación de esa mina. No bastándole al hombre, para saciar su deseo, los objetos del mundo real, lánzase infatigable en las regiones de la imaginacion y allí, aunque no sea mas que por instantes, saborea, en dulce arrobamiento, los placeres de una felicidad mentida é ilusoria, que con harta frecuencia no hace mas que avivar la sed devoradora é insaciable de la felicidad real.

Nadie hay que en el mar proceloso de esta vida no emprenda su viaje en pos de la felicidad; tal es el imperio, la fuerza de su sentimiento. Quien la busca por el derrotero de las riquezas y de la opulencia, quien por el de los honores, de las dignidades y de la gloria; este cree hallarla segura en el goce de los placeres materiales con que le brinda el mundo, aquel en los que proporciona al espíritu la investigación de los misterios de las ciencias, y otros en los elevados puestos del poder. Vosotros mismos, estimados alumnos, á quienes dirijo especialmente la palabra, acudís á este Instituto para dar los primeros pasos en el camino por el que buscáis la felicidad. A la consecucion de objeto tan apetecido consagra el hombre sus mejores años, toda su vida, su reposo, su salud misma; ante las aras de la felicidad sacrifica el amor, la amistad, los sentimientos mas tiernos de su corazon, y hasta de medios criminales echa mano para llegar á poseerla. No le asustan las olas entumecidas que se oponen á su paso salpicándole de espuma, no atiende al camino, ni á sus dificultades; solo tiene el ojo fijado en el puerto dichoso que cree descubrir en lontananza. Y bien ¿qué encuentra al fin de su largo y penoso viaje? Víctima á veces del naufragio, no siempre llega á su término, y si por acaso llega; lejos de descubrir aquella felicidad tan ansiada abriéndole cariñosa los brazos, lejos de descubrir

su soñado delicioso Eden, solo se presentan á su vista regiones inhospitalarias y desiertas. Emprende el hombre otros viajes, toma diferentes rumbos, rema infatigable en busca de otros mundos, y á sus nuevos ensayos solo se añaden nuevos desengaños; mas no se extingue por esto su sed de felicidad.

Pero ¿qué? ¿Es un fantasma la felicidad? ¿Es un bello idea irrealizable? ¿Es que el hombre está condenado á andar errante y perdido por los espantosos desiertos de la desesperacion? ¿Es que no ha de ver jamás llenado ese deseo de felicidad que le agita? Grave acusacion fuera esta contra Dios, quien nada hace sin un fin determinado. Dios que, si ha dado la vista al hombre, le ha dado tambien objetos para ver; si le ha dado oido, ha formado sonidos á que aplicarlo; si le ha dado el apetito, le ha proporcionado alimentos con que satisfacerlo, ¿es posible que le hubiese infundido ese sentimiento de felicidad, sin haber creado un objeto capaz de labrarla? ¿Es posible que, mientras los demas seres de la tierra siguen su marcha regular y progresiva, satisfacen sus necesidades y llegan á un punto que no apetecen ya mas; es posible, repito, que el hombre que tiene el supremo dominio sobre estos seres, que el hombre, la criatura predilecta, la obra maestra de Dios, hubiese de sentir toda su vida ese punzante aguijon, ese deseo imperioso de felicidad que le tiene en continua tortura, sin esperanza de llegar jamás á su goce? ¡Ah! los labios se profanan al pronunciar la terrible consecuencia de semejante hipótesi. Dios dejaria de ser Dios, fuera el tirano peor que imaginarse pudiera. Pero, sea como fuere, este es el hecho, hecho del que surge el dilema de «negar la sabiduría, la providencia, la bondad, la justicia, la existencia misma de Dios ó de conceder que tiene preparada una felicidad para el hombre.» ¿Por qué extremo optais? ¿quereis negar lo primero ó conceder lo segundo? Harto garantidos están aquellos atributos de Dios; de ellos nos responde la Creacion, el órden maravilloso de los seres creados, los inmensos beneficios derramados sobre ellos, los efectos de la conciencia que da la paz al inocente y atormenta al culpable; y de su existencia testigo es el Universo: ocioso fuera negar estas cosas y detenerse en probarlas: fuerza es por consiguiente conceder que «Dios tiene una felicidad preparada para el hombre.»

Pero esa felicidad ¿en qué consiste? ¿dónde está? ¿cómo se nos hace accesible? He aquí lo que yo quisiera demostrar en el presente discurso. Ardua empresa por cierto y, lo confieso con toda ingenuidad, muy superior á mis fuerzas: no es posible resolver cumplidamente en pocos momentos ni en mi inferioridad una cuestion que ha ocupado por tan largo tiempo y está ocupando á supremas inteligencias; es un vasto cuadro del que se pueden apenas delinear los contornos, que necesita un lienzo de mayores dimensiones que un discurso inaugural, y digno por otra parte de un pincel maestro. Hubiese sin duda renunciado á tan atrevida idea; pero surgió con tanta fuerza en mi alma; tanto me sentí arrastrado de su poder y de su utilidad en favor de estos jóvenes estudiosos, que se agrupan en torno de nosotros, que no fué posible desasirme de ella. Sí, amados alumnos; solo me alienta á acometer tamaña empresa, el deseo de señalaros el sendero que os conduzca á la posesion de la felicidad que buscáis, descubriros su camino al lado de tantos que hallaréis abiertos en este mundo, que os pudieran conducir al infortunio: es un deber sagrado que impone á los profesores su carácter de misioneros de la juventud.

¿En qué consiste la felicidad? Antes de contestar á esta pregunta, es preciso que examinemos la misteriosa organizacion del hombre. En este descubrimos dos naturalezas diametralmente opuestas; elevacion y abatimiento, grandeza y miseria; un deseo inextinguible de hallar y de conocer la verdad impele su inteligencia á remontarse á sus elevadas regiones, y se ve sepultada en los profundos abismos del error, envuelta en las espesas tinieblas de la ignorancia; su corazon desea practicar el bien y una fuerza mágica le arrastra hácia el mal; busca con ansia la felicidad y gime bajo el hierro opresor del infortunio; espera y sus esperanzas son estériles: en una palabra en el hombre se descubren dos hombres. Y ¿quién de nosotros no los descubre en sí mismo, como los descubriera Luis XIV, despues que Racine le hubo leído unos versos que, en una de sus tragedias, explican tan misteriosa alternativa? En lucha tan penosa pasa el hombre toda su vida; de continuo está forcejando para levantarse y siente el impulso de una fuerza secreta que le derriba. Si alguna vez llega á descubrir la verdad, ¿con qué afan la saborea! ¡quó placer experimenta! ¿qué transpor-

tes de alegría! Arquímedes corre como un loco por las calles de Siracusa, gritando «ya la he encontrado.» A su descubrimiento, reposa la inteligencia que corriera desalada á su encuentro, y escapando de la atmósfera de la ignorancia, que para ella es la muerte, divaga, se espacia en las deliciosas regiones de la vida. Si, al contrario, no puede salir de los abismos del error que le tienen aprisionado, si tiene que detenerse en el curso de sus investigaciones; su inteligencia se fatiga para remover el obstáculo que se opone á su paso, redobla sus esfuerzos para salvar la barrera que la detiene, y en su impotencia, gime bajo las cadenas de una ignorancia opresora.

Cuando el hombre obra el bien, cuando tiene valor para sustraerse al impulso violento que le arrastra al mal, cuando sale vencedor en la lucha; su corazón se ensancha, salta alborozado á recoger los laureles de la victoria. ¡ En qué alegría se siente anegado! ¡ qué dulce expansión! ¡ qué desahogo! Entonces respira el aire vital, el aire de la felicidad. Por el contrario, obra el hombre el mal. ¡ qué abatimiento, qué funesto pavor se apodera de su alma! De repente siéntese sorprendido por la voz alarmante de la conciencia, de ese centinela vigilante que jamás se duerme, la voz de Dios en el paraíso; Adán, ¿ qué has hecho? Señores, ¿ Son verdaderos ó fingidos esos fenómenos? ¿ Es esta ó no la historia diaria del hombre, la misma de nuestro primer padre? De ello todos podemos dar un testimonio: eche cada uno el fallo en el tribunal de su espíritu y de su conciencia, y si dice lo contrario, no siendo un hombre deshumanizado, hace traición á la verdad, puede echársele en cara el mas bochornoso *mentis*.

Ya tenemos la clave para descifrar el enigma que encierra la primera pregunta. De las anteriores consideraciones se trasluce que el conocimiento de la verdad y la práctica de la virtud son los elementos esencialmente constitutivos de la dicha del hombre; solo en estos dos casos siente un verdadero placer, un placer sin mezcla de amargura, mientras en la posesión, en el goce de los demas bienes siente el acíbar del frutovedado. Mas no siempre la inteligencia descubre la verdad, ni siempre la descubre perfectamente; tampoco la voluntad obra siempre á impulsos de la virtud, practica siempre y perfectamente el bien. Hay verdades de orden superior, del todo ocul-

tas al ojo de la inteligencia humana, otras que llegan á divisarse al través de los velos del misterio: siente el corazón muchas veces un vehemente deseo de virtudes heróicas y no es con harta frecuencia la voluntad asaz enérgica para hacer frente á los obstáculos que se le oponen para practicarlas, y el justo practica ciertas virtudes, reconociendo su imperfección, ama fervorosamente á Dios y acusa al propio tiempo su tibieza; no se halla satisfecho, quisiera amarle con un amor mas intenso, con un amor, del que siente á la vez el deseo y su incapacidad; y finalmente cuantas veces llega el hombre á la cumbre de la verdad y de la virtud es con la dura condición de subir como arrastrando por una cuesta penosa.

Por otra parte el hombre no se halla en una completa acquiescencia, cuando ha descubierto una ó muchas veces la verdad, cuando ha practicado uno ó mas actos de virtud; el goce que de ello le resulta es pasajero, y su deseo de ser feliz se va agrandando á proporcion que avanza en los caminos de la felicidad; nunca llega al *non plus ultra* de sus ansias. ¡Siempre esa sed hidrópica, insaciable! Siente un gran vacío en su espíritu y en su corazón, vacío que basta llenarlo solo un objeto grande; ningun objeto de la tierra, porque todo es fugaz y deleznable y por lo mismo, tarde ó temprano, pierde todo su atractivo delante del hombre. Siente una necesidad de mayor espacio, de respirar en una atmósfera mas dilatada que la estrecha y sofocante de este mundo: águila atrevida, no parece sino, que está aguardando que se rompan las rejas que la sujetan, para volar mas allá de las nubes. Siéntese naturalmente y como por una fuerza de adhesión, llevado á lo infinito á lo inmortal; tanto que en su existencia, en su nombre, en sus hechos, en su fama, si la tiene, en todas sus cosas se afana por imprimirles el sello de la inmortalidad. Está persuadido de su pequeñez y se levanta para tomar los aires de gigante; reconoce la debilidad de su vista, y sin embargo quiere oponerla á los deslumbradores rayos de lo infinito y misterioso: lo que particularmente le ocupa es el conocimiento de lo que ha sido, lo que es, lo que debe ser, quiere saber de dónde viene, dónde se halla, á dónde va, quiere leer en el libro de su destino, quiere descubrir el secreto que mas le importa. Su espíritu y su corazón agitan de continuo sus alas para salir de las

sombras del misterio y alzarse á las regiones de la luz; hijo de la Verdad y de la Bondad, se esfuerza el hombre por penetrar en su mismo seno é identificarse con ellas; llega al borde del sepulcro y es un Newton moribundo que exclama «que ha sido siempre un niño jugueteando en la orilla del mar, mientras que el grande océano de la verdad se extendía inexplorado delante de sí.»

Preguntémonos ahora de nuevo ¿en qué consiste la felicidad del hombre? El ligero exámen, que de su organizacion acabamos de hacer, nos revela la respuesta muy obvia y muy natural. No puede ser otra cosa que la entera, segura é inalterable posesion de la Verdad y de la Bondad eterna, lo único que puede dejar su espíritu y su corazón en una completa acquiescencia. Ya pues que el hombre, mientras vive, es esclavo del error y de la malicia, y por otra parte, ya que, segun el constante testimonio de sí mismo, no pueden formar su felicidad los objetos de la tierra; dejemos que Jorge Sand se encargue de respondernos ¿en dónde se halla? Dice esta mujer extraordinaria, cuya autoridad no es nada sospechosa, «la naturaleza nada tiene en el tesoro de sus sencillos goces, capaz de apagar la sed de felicidad que experimentamos; seria preciso el cielo, y el cielo no lo tenemos.»

Aquí parece que la razon se rebela contra Dios, parece que podria negarle los atributos de la justicia y de la sabiduría. Cuando todos los demas seres marchan, en desarrollo progresivo, al cumplimiento de su destino, sin encontrar embarazos en su marcha franca y trillada, cuando los vemos embellecidos con los caractéres de una perfeccion que nos admira, ¿cómo se explica que el hombre, solo el hombre deba llegar á los lugares de su descanso, por caminos escabrosos, cubierto de sudor y de polvo y agobiado por la fatiga? ¿Cómo se explica el que esté condenado á vivir una vida de peripecias, en una oscilacion violenta, siempre zozobrando, siempre pensativo y melancólico, aguardando con la muerte, cuyo recuerdo le espanta, el desenlace del drama que está representando acá en la tierra? ¿Cómo se explican esas contradicciones, esas imperfecciones en la obra que Dios hiciera á su semejanza? ¿Dónde está la justicia, dónde la sabiduría de Dios? Asi habla el hombre que, al figurársele descubrir el mas ligero defecto en

las obras de la Creacion, se declara el mas severo fiscal de su Artífice divino. «Es este fenómeno del hombre, dice Voltaire, un gran nudo que solo á la revelacion es dado desatar y que todos los filósofos no han hecho mas que embrollar.» Sin embargo es un misterio muy elocuente y significativo, que, en su oscuridad, habla muy claro, y del que la filosofía de buena fe puede darse razon satisfactoria: vamos á verlo.

Originariamente, es decir, al salir de las manos de Dios, ¿el hombre fué imperfecto como lo hallamos ó dotado de perfeccion como los demas seres? Si lo primero, ciertamente no sabríamos conciliarlo con la justicia y la sabiduría de Dios, bajando por una rápida pendiente que nos conduciría al ateismo, al mas grosero de los absurdos. Si lo segundo, ¿qué se ha hecho el hombre de su perfeccion? ¿quién se la arrebató? No fué sin duda, ni pudo ser quien se la diera. Solo se puede hallar la solucion en las siguientes consideraciones. Es inconcebible un Dios sin justicia, y esta no puede quedar en pié sino admitiendo al hombre salido de las manos de Dios, dotado de perfeccion como las otras criaturas. Esta perfeccion sin embargo no la descubrimos en su naturaleza misteriosa segun llevamos observado. Siente sí un deseo de poseerla, y este deseo nos dice que la ha conocido, pues nada se quiere sin previamente conocerse: la melancolía que asoma con frecuencia en su corazon, que le sorprende en medio de sus placeres, como al recuerdo de un bien perdido y que, á pesar de sus conatos, no llega á poseer, parece revelarnos que ha caido y que quiere á toda costa levantarse, que se halla el hombre fuera de su elemento, que no es esta su verdadera naturaleza. Finalmente descubrimos en él un estado de violencia, de desorden, de imperfeccion, y no pudiendo esta imputarse á Dios sin negarle, hemos de buscar su origen en el mismo hombre, quien sin duda abusaria de su libertad para obrar el bien ó el mal, sintiéndose, por este abuso, apartado del bien que apetece y arrastrado al mal que reprueba, trastornándose el orden natural y primitivo, pasando la razon de Señora á esclava de las pasiones. De un modo análogo explica este fenómeno misterioso una profunda conocedora del corazon humano, la protestante Madama de Staël.

Si algo valen, en este siglo analítico y discutidor, las tra-

diciones y la autoridad de Moisés; estas doctrinas tienen en su apoyo la tradición universal, y el historiador sagrado nos refiere que el hombre era feliz é inocente, que Dios le colocó en un lugar llamado *paraíso*, que le vedó comer el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, que infringió este precepto haciéndose culpable, que perdió la inocencia y con ella la felicidad. Por consiguiente achaque fué del hombre su imperfección, y no hay que sublevarse contra la justicia de Dios.

No se me oculta que tienen, para los racionalistas, poco peso de convicción las tradiciones, que los mas célebres filósofos antiguos miraban, en materias de Religión, como el conducto mas seguro de la verdad; pero despues que las ciencias, con los descubrimientos modernos, han venido á ponerse completamente de acuerdo, en muchos conceptos, con las relaciones de Moisés, hechas por tantos siglos objeto de las cavilaciones del racionalismo; despues que su veracidad, probada en el crisol de la crítica mas severa, se halla á cubierto de los sarcasmos y bufonadas volterianas, (1) ¿tendremos alguna razon para creerle un impostor en la relacion de la caída del hombre? Y nosotros, cuyo carácter moral es una herencia de nuestros primeros padres, ¿no nos vemos fielmente retratados en el relato de Moisés? ¿no alargamos todos los dias la mano á aquel árbol malhadado? Llevados de nuestro orgullo ¿no pretendemos saber antes de tiempo lo que Dios quiere que ignoremos? Impacientes por llegar al goce del verdadero bien ¿no nos lanzamos temerarios á los objetos incapaces de labrarlo? Y siendo las continuas aspiraciones del hombre el conocimiento y la posesion de la verdad y del bien, únicos objetos capaces de aquietarle, este es sin duda el tesoro que ha perdido; y no encontrándolo en su peregrinacion sobre la tierra, debiéndolo sin embargo encontrar, como llevamos demostrado, necesariamente ha de buscarlo en las regiones de la eternidad. Aquí no hay medio; ó hemos de admitir este misterio, ó el hombre será otro misterio mas misterioso; ó admitir estas doctrinas posibles, concebibles, confirmadas por la naturaleza huma-

(1) Dice Mr. de Ferussac „ ¿qué geólogo hay en el dia que no se sonria de lástima al ver los argumentos de Voltaire contra el Génesis. ? „

(Boletín universal de ciencias, seccion de ciencias naturales, tom 10, núm. 137.)

na, por las tradiciones, por la historia y aun por la sana filosofía, ó profesar doctrinas absurdas, inconcebibles, repugnantes, rechazadas por el sentido comun.

Y ¿cómo puede llegar el hombre á la reconquista del tesoro que perdiera con la infraccion del divino precepto, cómo puede volver á entrar en el paraíso de donde fuera echado?

Solo á Aquel, que en otro tiempo sacó el mundo material del caos en que yacia, érale fácil sacar al hombre del caos moral en que se abismara, derrumbándose, por su culpa, del alto puesto en que se viera colocado. Solo Aquel, que conocia los males que debian aquejar á la humanidad, era capaz de aplicarles eficaz y oportuno remedio: así es que decretó que viniera al mundo, en la persona de su Hijo, el verdadero médico que debia sanarla. El lazo que unia al hombre con Dios estaba roto; este era el mal: era pues el remedio reanudar aquel lazo: y como se habia roto por el orgullo de la razon, que intentó atrevida descorrer el velo del misterio, se sublevó contra Dios, sublevándose contra ella el corazon en justo castigo de su atrevimiento; solo podia reanudarse sometiéndose el hombre á la ley que infringiera, sujetando la razon á la fe, quedando el corazon, por análoga consecuencia, bajo el dominio de aquella, enderezándose por este medio el uno y la otra al camino de que se habian apartado. Pero el hombre, despues de su caida, quedó herido de impotencia para levantarse por sí solo; en su estado de inocencia tenia una ley que cumplir, y la gracia ó sea el medio que le hacia capaz de cumplirla: despues que hubo caido, le quedó la ley y le faltó la gracia; era preciso alargarle una mano para levantarse, y he aquí el gran prodigio que operó Dios en favor del hombre, devolviéndole, para su regeneracion, la gracia que perdiera, con la promesa del Mesías venidero, Jesucristo.

Jesucristo vinculó de nuevo al hombre con su Dios, por medio de su Religion que entraña todos los gérmenes regeneradores de la humanidad caida y doliente. Sí: el Cristianismo es el depositario y dispensador de aquella gracia, que hace la razon dócil á la fe y el corazon á su vez dócil á la razon, que convierte en luz las tinieblas, en hacedero y fácil lo que sin ella es imposible. El Cristianismo señala á la razon el punto de partida y el punto de que no puede pasar, le da su luz para

recorrer con seguro paso los campos de su dominio, y cuando llega á sus límites, cuando toca las fronteras de lo infinito y misterioso; la toma en sus alas para entrar en sus dilatados espacios, le presenta sus divinas credenciales convenciéndola de las verdades que no puede comprender ahora, la arranca á las garras destructoras de un escepticismo desesperante y desconsolador, del escepticismo, gangrena del alma y cáncer del corazón; la libra en fin de precipitarse en los errores groseros en que cae, si soltando el timon de la fe, corriendo al soplo de la imaginacion, se lanza imprudente á caminos desconocidos y complicados. La fe cristiana jamás estuvo reñida con la razon; antes le presta su apoyo; es para ella el hilo de Ariadne que la saca del laberinto del misterio.

Sin duda se sublevará el racionalismo contra semejantes doctrinas, calificándolas de usurpadoras de los imprescriptibles derechos de la razon. Pero sepamos ¿cuáles son esos pretendidos derechos? ¿Es que la razon ha de conocerlo todo, que no ha de haber misterios para ella, que el hombre ha de ser igual á Dios? Desengañémonos; todo lo finito, todo lo criado tiene señalada su esfera de accion, mas allá de la cual no puede obrar. El mar tiene marcados sus límites, pueden embravecerse sus olas; mas no traspasará la barrera que le fijara la divina Providencia. Las plantas crecen atrevidas, parece que han de crecer indefinidamente; mas sea cuanta se quiera su fuerza de vegetacion, ya puede ser esta ayudada de la inteligencia de quien las cultiva; llegarán á un punto del que no pueden pasar. Nuestros ojos ven, nuestros oidos oyen á determinada distancia, y fuera delirio pretender que su accion se extendiese mas allá de su esfera. ¿Y la razon precisamente debe exceptuarse de esta ley general de lo criado? Es lo cierto que cuantas veces ha pretendido alzarse ufana á las regiones vedadas, cuantas veces ha intentado el hombre alargar su atrevida mano al árbol de la ciencia; han venido á nublar su mente la ignorancia y el error.

Testigos son de estas verdades el gran número de celebridades, que han derramado torrentes de luz por el mundo intelectual, cuando la han buscado en el astro luminoso de la fe; mientras un reducido número de celebridades funestas, marchando á la pálida luz de la razon, lo han dejado envuelto en las espesas nu-

bes de sus extravagancias y delirios. Testigos aquellos filósofos que pasaron sucesivamente de la fe al racionalismo y del racionalismo á la fe. Mientras Jouffroy surca los mares de las ciencias religiosas, tomando por guia la estrella polar de la fe; descubre, domina la verdad, la ve radiante de luz; mas asi que aquella palidece en el horizonte de su espíritu, segun confesion del mismo, anda á tientas y tropezando por entre espesimas sombras. Cuando Isnard, el mas fogoso declamador de la Convencion francesa contra todo lo que fuese Religion, cuando este hombre, cuyo lenguaje incendiario parecia que habia de poner en conflagracion el edificio religioso, se hace idólatra de su razon; es un frenético, un delirante; pero asi que amanecen en su alma los rayos de la fe, se le descubre un vasto horizonte inundado de luz, y se convierte en el mas ferviente atleta de las verdades que tan reciamente combatiera. Cuantos racionalistas se han lanzado, en su orgullo, á los espacios del infinito, Icáros atrevidos, apenas han tocado los umbrales del vasto océano de la luz, han sentido deshacerse las alas de su débil razon, y despues de apurados todos los medios, despues de multiplicados esfuerzos, desalentados al fin en sus repetidas y fatigosas investigaciones, han tenido que lanzarse en brazos de la fe, y han confesado que la razon sola nos conduce á los mas lastimosos extravíos. (1) ¡ Ah! La razon es la paloma del diluvio que, no hallando donde poner el pié, tiene que volverse al arca de la revelacion. Si de las cosas que nos rodean, de las cosas que tocamos, de nosotros mismos no podemos darnos siempre razon; si el mundo todo, lo grande y lo pequeño, se halla envuelto en las sombras del misterio, ¿quere- mos insensatos recorrer el velo tras el cual está Dios oculto, quere- mos engolfarnos en los océanos cuajados de escollos, donde no entraremos sin naufragar? ! Imperdonable insulto de la nulidad del hombre á la Omnipotencia de Dios!

Ni deben hacernos vacilar en el terreno firme de la razon,

(1) „Si yo hubiese nacido católico, dice Juan Jacobo, permaneceria siempre católico, porque sé bien que vuestra Iglesia pone saludable freno á los extravíos de la razon humana que no encuentra ni fondo ni ribera cuando quiere sondear el abismo de las cosas

(Cartas, tom. 31, pág. 153, Paris 1793.)

Malebranche, el Platon del Cristianismo „Me hallo, dice, perplejo á cada paso siempre que intento filosofar sin el auxilio de la fe. Ella es la que me guia y me sostiene en la indagacion de las verdades que tienen alguna relacion con la Divinidad „

(Conversacion nona sobre la metafisica, núm. 6.)

en que nos vamos colocando, las doctrinas de la incredulidad y de las apostasías; porque estas radican siempre en el terreno falso y movedizo de las pasiones. Vamos á ver: ¿qué razones presidieron á la apostasía de Lutero? ¿quién es este famoso heresiarca? Un fraile mal avenido con la estrechez del claustro, que no pudiendo contener en las paredes de su pecho las pasiones volcánicas que le abrasan, vomita su impúdica lava, arranca de los brazos del Señor una vírgen consagrada á su culto, y busca la justificación de su conducta en la proclamacion y establecimiento de nuevas doctrinas. ¿Qué dió origen en Inglaterra al cisma de Enrique VIII? El haberse negado el Papa á sancionar su divorcio de Catalina de Aragon, para entregarse al amor criminal de Ana Bolena. (1) ¿Qué mas que el orgullo y la idolatría de sí mismos hizo caer en la incredulidad al filósofo de Ferney y al de Ginebra? Y ¿qué otra cosa que el orgullo precipitó á Lamennais, á ese moderno Luzbel, de la alta cumbre en que Dios le colocara? Examinad, recorredlo todo; nunca las convicciones fueron origen de la incredulidad y de las apostasías.

Ya hemos visto el Cristianismo aplicando el bálsamo consolador á la enferma inteligencia del hombre; contemplémosle ahora haciendo otro tanto con su doliente corazon.

El Cristianismo le hace sentir tambien aquella gracia que hace al hombre capaz del bien, cuando, por su culpa, se hizo solo capaz del mal; que reengendra en él el gusto por la virtud, la inclinacion á practicarla, y comunicando á esta un atractivo mayor que el que tiene el vicio, da vigor y energía á la voluntad para abrazar la primera y sustraerse á la seduccion y encantos del segundo; aquella gracia que hace natural y suave lo que sin ella es violento y pesado, que allana el difícil camino de la vida, que subordina el corazon á la razon, que restituye nuestra naturaleza corrompida á su estado primitivo. Y ¡cuán sorprendentes efectos produce la Religion cristiana en la region de los corazones! Estos, divididos por el egoismo, se unen en estrecho vínculo por la caridad que aquella entraña. El hom-

(1) „Quisiera, dice un inglés *protestante*, por respeto á mi país, no hablar nunca del frivolo pretexto que dió origen á este grande acontecimiento; pero es demasiado conocido para que pueda uno, sin todas las apariencias de afectacion, pasarlo en silencio: fué la pasion ilegítima de Enrique VIII por Ana Bolena.”

(Fitz-William, *Cartas de Atico*, Paris 1826, pág. 112.)

bre, sediento de placeres, entregado á sus naturales impulsos; á la accion del Cristianismo, se olvida de sí y solo sueña en la felicidad de los demas, solo ansía sacrificios por Dios y por sus semejantes, y ¡qué heroismo el del verdadero cristiano! al bien de los demas sacrifica el suyo propio; no hay obstáculo que pueda embarazarle en su marcha generosa. Donde haya un pobre, un desvalido, un moribundo, allí le encontraréis derramando sobre ellos el bálsamo del amor y del consuelo. Lánzase en los oscuros calabozos de la ignorancia para libertar á los que gimen bajo sus cadenas. No hay rasgo de abnegacion que no adorne al corazon nutrido de los sentimientos cristianos. Preguntadlo á aquellos establecimientos erigidos por el Cristianismo, en los que se alberga el infortunio, en que los infelices reciben la beneficencia, impregnada del suave aroma del amor, á diferencia de otros, hijos de la especulacion y del cálculo, en los que se dispensa el beneficio, faltándole el sabor de la caridad, el que lo hace mas grato al corazon. Preguntadlo á aquellos remotos climas, á aquellos países inhospitalarios, erizados de peligros, por donde trepa el misionero católico, llevando y propagando la luz del Evangelio por donde no han llegado sus rayos todavía. Y ¡cosa admirable! en esta vida de abnegacion, en esta vida de sacrificio y de fatiga late el corazon sin sobresalto, encuentra su calma y su reposo. Buscadlo, buscadlo todo esto fuera del Cristianismo, y lo buscaréis en vano.

Por fin ¿quereis ver como de relieve su accion regeneradora? ¿Solicitais una gran prueba de que él solo es el vasto plan de felicidad, en que cabe todo el mundo? Echad, si podeis, una mirada sobre la sociedad antes y despues de la aparicion de Jesucristo. ¿Qué decoracion nos presenta la época primera? En sus principios y mientras la verdad religiosa se conserva en su pureza, mientras brilla en el firmamento de las inteligencias; estas, á favor de su luz, siguen sin extraviarse la órbita que Dios les señalara, y vemos aquellas costumbres patriarcales que envidiamos y que con tanto respeto recordamos; mas aquella verdad no tiene mas medio de propagarse que la tradicion que se va progresivamente adulterando, ni tiene mas amparo, ni mas defensa que el débil baluarte de la razon. El error y el racionalismo se les encaran, decláranles desembozadamente la guerra, les disputan el terreno palmo á palmo, y de desvarío

en desvarío y con el transcurso de los tiempos ; qué aberraciones ! ; qué corrupción ! surge la idolatría, el politeísmo , el fatalismo y multitud de religiones bastardas , engendros monstruosos de la imaginación; su mortífera ponzoña va inoculándose paso á paso en las leyes, instituciones, usos y costumbres; hasta que llegamos á los tiempos de aquella afrentosa civilización de los Romanos , que, en su decantada ilustración, nos presentan la mas ominosa esclavitud, la violencia, el embrutecimiento y la abyección mas degradante, la desgracia abandonada, la prostitución, la impudicia hasta el último desfreno, la apoteosis de todos los vicios y absurdos, y nos horrorizan con las carnicerías de los anfiteatros. En vano pretendieran los sabios oponer un dique al desbordado torrente que iba á sepultar la verdad; envuelve á la mayor parte en sus olas espumantes , otros transigen vergonzosamente con las exigencias y groseras supersticiones de los pueblos, Sócrates es condenado á beber la cicuta por haber enseñado la unidad de Dios, y Platon se limita á confesarla secretamente. La verdad pierde su verdadera fisonomía , velada por los espesos vapores del error, y la razón humana no puede ya romper por entre las espesas nieblas en que se halla envuelta : la materia se habia hecho señora del espíritu. Mas descende del cielo la Luz del mundo, aparece Jesucristo y ¿qué es lo que vemos ? ; cuán diferente panorama ! los negros nubarrones del error y de la superstición van á arrinconarse en lejano horizonte, el astro de la verdad sigue su marcha magestuosa alumbrando las inteligencias, y á su calor vital germina la ciencia religiosa y las virtudes verdaderas, que eran como plantas exóticas sobre la tierra. La justicia, la beneficencia, la suavidad de usos y costumbres, la moralidad se reflejan en la nueva civilización, proclámanse los dogmas de fraternidad, libertad é igualdad ante Dios, el padre no tiene dominio despótico sobre el hijo, la muger no es , como antes , el juguete sino la compañera del hombre, pierden los señores el execrable derecho de vida y muerte sobre los esclavos, y llega al fin á extirparse la esclavitud, baldon y oprobio de naciones que pasaron por modelos en las vías de la civilización y del progreso. Planta Jesucristo el árbol de la cruz, y de su tronco brotan, como por encanto , frutos saludables, frutos de vida, que son el antídoto del fruto empon-

zoñado del árbol de la muerte: el espíritu domina la materia, la verdad reaparece con todo su brillo, y Jesucristo, para asegurarle perpetuo dominio, la pone bajo el amparo de la Iglesia, la coloca en ese elevado faro, para que nunca pueda alzarse á extinguirla el impetuoso oleaje del error y del racionalismo.

Hemos visto, pues, cual la Religion Cristiana entraña los principios de felicidad para el individuo y para las sociedades; pero estas verdades son esencialmente prácticas, están, hasta cierto punto, fuera del dominio de la especulacion y del racionamiento, y no puede el hombre obtener de ellas una conviccion completa sin practicarlas; son como los manjares, cuyo sabor no puede conocerse, si no se prueban: no son patrimonio exclusivo del talento, son verdades sobrenaturales, que alcanzan á los hombres sencillos é ignorantes que, iluminados con la gracia, confunden con frecuencia á los que se adornan con el pomposo título de filósofos. ¡Cuántas veces tenemos que admirar y que aprender en las palabras de un hombre oscuro, sin letras, al parecer, despreciable; pero en cuya alma arde la luz de la gracia, que le hace como el oráculo de Dios! Entremos, pues, en las vías del Cristianismo, y nos colocaremos en los umbrales del paraíso perdido; en los umbrales, digo, porque, ya lo hemos visto, acá en la tierra no nos es dado penetrar en el interior de sus amenos y espaciosos vergeles.

Pero alerta, alerta, jóvenes inexpertos; no esperéis respirar tranquilos en la atmósfera pacífica del Cristianismo: oiréis de vez en cuando el fragor del huracan, la serpiente del paraíso levantará altiva su cabeza: es preciso que esteis prevenidos para los dias de lucha que os preparan los racionalistas. Estos, incansables siempre, vendrán á abrumaros con sus interminables objeciones. Os dirán que no hay duda, que el Cristianismo ha derramado bienes inmensos sobre la sociedad, que la ha regenerado; pero que le ha hecho ya todo el bien que podia, que es ya tiempo de que ceda su lugar á la filosofía, encargada de dar la última mano á la perfeccion del hombre; que en la infancia de las sociedades pudo ser necesaria, en materias religiosas y morales, la sujecion á una autoridad soberana para formar un cuerpo social bien compacto; mas que, estando aquellas en su virilidad, puede el hombre hallar su guia en

su propia razon. ¡ Sociedad ingrata ! ¿ Así echas de tu seno á la madre en cuyo pecho te amamantaste ? ¡ Pobre sociedad ! Y ¡ cuál se agostaria esa flor lozana y llena de vida, si no cayese incesantemente sobre ella el rocío divino del Cristianismo que la fecunda ! Díganlo aquellos países que sintieron su riego suave; pero que por su desgracia lo han visto desaparecer de su seno.

Y esos heraldos del siglo de oro, que creen tener la mision de preparar la humanidad para una era la mas venturosa de cuantas hayan visto los siglos, ¿ qué nos prometen con su ponderada filosofía ? ¿ Dónde están los pretendidos adelantos de las escuelas filosóficas modernas ? No han hecho mas, al fin y al cabo, que resucitar antiguos errores, disfrazados de espiritualismo, presentados bajo nuevas formas y explicados en enigmático lenguaje. Pero sea de ello lo que se quiera, ¿ se pretende que el campo de la filosofía esté abierto á todas las inteligencias, que todos los hombres sean colocados en el alto predicamento de filósofos, que cada uno tome su razon por el regulador de su conducta moral y religiosa ? Pero, si en las cuestiones mas sencillas y en las que el entendimiento no puede ser torcido por la fuerza de la pasion, son tan divergentes los pareceres; ¿ qué divergencia no ha de haber en cuestiones religiosas y morales, en las que toman parte pasiones aviesas, tan interesadas en falsear la verdad, tan insidiosas que, si les conviniera, darian á la razon medios para presentar problemáticas las verdades de Geometría ? Y entre tantas opiniones ¿ cuál estará en posesion de la verdad que no puede ser mas que una ? Por otra parte las inteligencias limitadas ¿ qué uso podrán hacer de la filosofía ? Será poner una espada en manos de un niño para suicidarse. Lo que realmente sucede es que, siendo, como en los sentidos exteriores, varios los grados en las facultades intelectuales, las que alcanzan poco defieren naturalmente y como por instinto á las que alcanzan mucho, y con esto aparece el principio de autoridad, aparece la fe, de que no podemos desentendernos, que nos es natural, que negamos á Dios para concederla á los hombres.

Luego os negarán la divinidad de Jesucristo, contentándose con darle el título de filósofo si no le llaman un impostor. Y sin embargo ¡ cuán diferentes sus caractéres de los que dis-

tinguen á los filósofos! Ninguno de cuantos le han precedido ó seguido puede, en ningun concepto, admitir su parangon. Al lado del saber de los filósofos encontramos los errores mas monstruosos, junto á sus virtudes los vicios mas nefandos; las doctrinas de Cristo son reconocidas y acatadas como mejores que cuantas hayan salido de las escuelas antiguas y modernas, y á su Autor *nadie puede convencerle de pecado*. «Ningun filósofo influyó en las costumbres de su calle,» dijo Voltaire; ¡y un hombre oscuro, el hijo de un carpintero, sin ningun título ni aparato de escuela, que á ninguna ha asistido, cambia la faz del mundo y conquista su amor! Se habla de grandes hombres; se nos ocurren varios á la vez sin que sepamos á cuál dar la preferencia; mas se nos ocurre el Cristo; todos son pequeños, son luces pálidas, son las estrellas del firmamento que desaparecen á la presencia del sol. (1) Y Dios tan fecundo en sus obras, ¿se hubiera limitado á criar un solo hombre tan perfecto, con quien no pudiesen parangonarse ni cuantos le precedieron ni cuantos le siguieron? ¿Nada significan, nada nos dicen estas consideraciones? Aun aquel que arrancara de su silla al Vicario de Jesucristo y le hiciera gemir y espirar en triste cautiverio, el gran Napoleon, en sus aciagos dias de destierro, siéntese herido por los rayos de la luz. Quien haya leído su discurso sobre la divinidad del Cristianismo que reconoce y confiesa; le hallará mas grande en Sta. Elena que en las batallas de Austerlitz y de Marengo.

Ya que el Cristianismo, os dirán, es la obra de Dios, destinada á dominarlo todo, á ser la Señora del mundo ¿cómo han pululado en torno suyo tanta multitud de religiones, que le disputan el terreno que va perdiendo cada dia? Eso es tergiversar la verdad: no negamos que, despues de Lutero, han aparecido un hormiguero de pretendidas religiones protestantes; pero decir que el Cristianismo va perdiendo terreno cada dia, es desconocer el movimiento religioso de los tiempos pasados y presentes. Y ¿qué son aquellas religiones? Miradlas, si es que puedan verse. Ramas separadas de su tronco, apenas llegan á radicar donde se plantan: son plantas exóticas que en ninguna parte se aclimatan, llevando una vida amortiguada, hasta que

(1) Dice el autor del Emilio „Si la muerte de Sócrates es de un sabio, la vida y muerte de Jesucristo son de un Dios.„

llegan á secarse y quedar desvirtuadas como la flor en un herbario: están oreadas por el viento abrasador de las pasiones y les falta la savia fecundante de la caridad; son obras de los hombres, variables y caducas como ellos. Pero la Religión cristiana alza su erguida frente entre ellas como el ciprés entre los mimbres: en donde quiera se aclimata, es una planta indígena en todas las regiones del mundo. Tan luego como su estandarte es tremolado en la cumbre del Gólgota, todo lo invade, todo lo avasalla; y abriéndose paso por entre las oleadas de preocupaciones envejecidas y por entre los embates de las pasiones; penetra desde las mas humildes cabañas hasta el trono de los Césares: su nave empujada por el soplo favorable de la caridad, aborda á las mas remotas playas, y mientras algunos se gozan en su soñada agonía, va haciendo multiplicadas conquistas en todas partes, y la Inglaterra y la Alemania, que desgraciadamente se separaran de ella, se preparan para retornar á su seno. Y cuenta que no son ilusiones hijas de los deseos de los católicos; sino que ese retorno es preparado, deseado, confesado por los mismos protestantes. (1) Pero; extraña inconsecuencia de los que declaman contra el Cristianismo! Sus obras, sus instituciones, sus sociedades, su moral, todo lo quieren cristianizar, á todo quieren dar un tinte evangélico; conocen la belleza de sus divinos colores: sus mismas religiones, si algo tienen de bueno, no son mas que plagios de aquella.

(1) „Los católicos, dicen los doctores de la Universidad de Oxford, han conservado una Iglesia visible depositaria de los Sacramentos, y tienen así la ventaja de poseer un instrumento adaptado, desde el principio, á las necesidades de la naturaleza humana, y al cual Jesucristo vinculó en seguida su gracia y sus bendiciones. Vemos los buenos efectos que su celo sabe sacar de esto. . . ; la antigüedad, la universalidad y la unidad de su Iglesia los hacen superiores al mundo y á las innovaciones religiosas del día. A la vista de un sistema tan bello y tan bien ordenado, no podemos dejar de suspirar pensando que estamos separados de ellos „

(Tratados de los tiempos presentes, tom. 3, núm. 20, pág. 3.)

„El movimiento señalado en Inglaterra por la aparición de la citada obra, se va desenvolviendo de una manera asombrosa. Parece que la *Isla de los Santos* se agita sobre sus cadenas y que quiere romperlas para bogar hácia la cátedra de Pedro. „ Ya no puede dudarse del término á donde deberémos llegar, exclama un enemigo de este movimiento: *Tendimus in Lotum.* „

(Augusto Nicolás, *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, tom. 2, pág. 356, Notas.)

„La Alemania.

„asiste en la actualidad á una gran lección.

Schelling, uno de sus mas distinguidos pensadores, que junto con Hegel habia evocado el panteísmo, acaba de salir de la oscuridad en que vivia hace algunos años, y ha causado en Alemania una admiración provechosa, procurando con todas las fuerzas de su inteligencia resucitar aquel mismo Cristianismo que tanto habia trabajado para destruir. „

(Augusto Nicolás, *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, pág. 74, tom. 2, edicion de la Librería religiosa.)

Todas las actitudes han tomado sus adversarios para asestar sus golpes contra los muros que la defienden; por todos los puntos han intentado abrirle brecha, ninguno han encontrado indelencible. Su aríete impotente ha caído mil veces roto en mil pedazos, mientras ella imperturbable, siempre fija en su asiento, siempre invariable, ha visto desmoronarse todas las obras de los hombres, atravesando por encima de sus ruinas el largo trecho de diez y ocho siglos, después de los cuales ni una piedra, ni un grano de arena se ha podido arrancar de su edificio. (1) Gran parte de los que pueblan actualmente la tierra son testigos de tan alta verdad. En el siglo pasado, el siglo clásico del filosofismo, harto conocidos son los esfuerzos, los planes bien concertados de los Enciclopedistas contra el Cristianismo. Su Enciclopedia, preñada de veneno y de muerte, va preparando los espíritus y los corazones, amenazando corroer hasta la última fibra del cuerpo social, el vértigo filosófico trastorna las mejores cabezas, aquella funesta batería, colocada frente á frente de la Iglesia, está vomitando fuego infernal por sus cien bocas y ¿cuáles son las consecuencias? Hable la Francia, que fué el teatro de las escenas mas trágicas que vieron los siglos. La vista se aleja con espanto de aquel cuadro sangriento que nos ha dejado la historia. Aparece en su seno el monstruo del ateísmo y, por necesaria y funesta consecuencia, experimenta un desequilibrio, un total desquiciamiento en el orden social y político, retemblando en su sacudimiento todas las naciones de Europa. No puede imaginarse horror alguno, que no sea realidad en aquella nación desgraciada. La guillotina hace rodar las cabezas á centenares; no hay rango ni categoría que no sienta el golpe de su hacha, los que mandan decapitar á los unos, son á su vez decapitados también, las calles y las plazas están salpicadas de sangre. La sociedad va á sepultarse en una sima sin fondo; mas el instinto de conservación da un grito de *alerta*, aquella vuelve atrás, mira en torno de sí, y se apercibe de que están segados sus cimientos; le falta el elemento religioso. Robespierre reconoce que no hay gobierno posible, si no tiene por base á Aquel que gobierna el mundo;

(1) Considerando Voltaire la corta duración de las otras religiones y como han ido sucesivamente desapareciendo, mientras el Cristianismo se conserva siempre en pié se exclama „ *Me veo obligado á creer y admirar.* „

(Razon del Cristianismo en la palabra *Aeue*.)

todo lo dispone para el acto mas solemne y magnífico que celebró aquella República, y las Tullerías le contemplan en lo alto de una tribuna, y allí, rodeado de los miembros de la Convencion y de un inmenso gentío rebosando de entusiasmo, proclama, en nombre del pueblo francés, la existencia del Ser Supremo, y el astro de la Divinidad alumbrá de nuevo el enlutado cielo de la Francia. Está echada la simiente de la reaccion....

Y entre tanto ¿qué se ha hecho de aquellos colosos que con tanto ahinco trabajaron en destruir la obra de Dios? Han desaparecido como han caducado sus doctrinas, y para la posteridad y sobre todo para la Francia, su memoria solo será objeto de execracion y de anatema. Está visto: la espada de mejor temple quedará mellada, al esgrimirla contra los muros de la Ciudad Santa. (1)

A pesar de tantas frustradas tentativas, ó jóvenes alumnos; la hidra del racionalismo levantará sus cien cabezas, para clavar su aguijon envenenado en vuestras inteligencias y en vuestros corazones. No es este lugar, ni hay tiempo, ni capacidad en quien os habla para presentaros la multitud de objeciones, con que vendrán á abrumaros los racionalistas, ni el modo de solventarlas. Reconocemos nuestra pequeñez; no hablamos el tono de filósofos, hablamos como simples creyentes: un consejo solamente podemos daros. Cuando llegue el dia en que seais provocados al palenque, armaos de las obras de Balmes y de las de Mr. Augusto Nicolás entre innumerables que pudiera citaros: en ellas encontraréis un escudo que os hará invulnerables, en ellas encontraréis la verdad en todo su brillo, encontraréis solución á cuantas objeciones se le puedan hacer, y, lo que es mas particular, la veréis acaso mas confirmada por los desengaños, por las contradicciones y confesiones de sus adversarios, de las que están sembradas dichas obras, que por los argumentos de sus defensores y apologistas. La verdad se les escapa mil veces de sus labios, porque es como la luz que asoma un momento ú otro, al menor descuido y á despecho de quien pretende ocultarla. Buscadla y de seguro la hallaréis; pero buscadla de buena fe, no como aquellos que dicen que no pueden creer, que no pueden convencerse, que buscan la verdad y no

(1) ¡ Con cuánta razon dijo el protestante Teodoro de Beza „ La Iglesia es un yunque que ha gastado todos los martillos „!

la encuentran. Es preciso abrir los ojos para ver, y es preciso querer la verdad para encontrarla: ellos no la buscan; la persiguen para hacerle la mas cruda guerra, para ahogarla, y ella, como es natural, huye de sus perseguidores. Huid, huid de un racionalismo insensato que os conduciria á la duda, al escepticismo mas espantoso. ¡Si conocieseis los estragos de esta enfermedad devastadora, si conocieseis sus víctimas, si supieseis cuantos gimen sin consuelo bajo su peso insoportable! Felices nosotros nacidos en una nacion, en cuyos reglamentos de instruccion pública ordena el Gobierno explicar en las escuelas las mas sanas doctrinas, previene con sabias disposiciones el respeto á nuestra Religion augusta y veneranda. Felices los pueblos de esta comarca, que tienen abierto á los umbrales de sus casas el ancho camino de un Instituto de 2.^a enseñanza de 1.^a clase, merced al desinterés, sin ejemplo, del M. I. Cuerpo Municipal de esta villa y al celo constante que en tantos años ha desplegado la M. I. Junta encargada de su fomento. Los profesores os conducirán, entrad en él, ó jóvenes amados; entrad en las orillas de los mares de las ciencias, y cuando os sea dado surcar la extension de sus profundidades, en materias religiosas, navegad asidos siempre del timon del Cristianismo, y arribaréis á las playas salvadoras. Yo no sé, alumnos predilectos, si habré acertado; mi intencion, hija del mejor deseo, no ha sido otra que daros una leccion que contribuya á consumir la grande obra de haceros filósofos verdaderos, hombres de bien, virtuosos ciudadanos, colocar una piedra en el edificio de vuestra felicidad.

HE DICHO.





C. L. C. III 1198
GENERALITAT
DE CATALUNYA

BIBLIOTECA POPULAR
DE FIGUERES

Reg. 11289

Sig. 373(463)

Fig.) Ins

SISTEMA DE LECTURA PÚBLICA
DE CATALUNYA, FIGUERES



1036294081

